

En los brazos de la abuela

REBECA ANAHÍ FAVILA MONTANA





En los brazos de la abuela

REBECA ANAHÍ FAVILA MONTANA





María Angélica Granados Trespalacios

Presidenta Municipal

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Flor de María Navarro Pastrana

Gustavo Macedo Pérez

José Iván Cruz Estrada

Arturo Loera Acosta

Victoria María Montemayor Galicia

Luis Fernando Rangel

Víctor Velo

Vocales editoriales

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial

f / CreaturaEstudio

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Carolina Polaco

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio
Coordinación de Fomento a la Lectura y
Programa Editorial Municipal
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617
Chihuahua, Chih. C.P. 31000

e

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



La promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.

En los brazos de la abuela y el lugar de la genealogía en la poesía

¿Será la poesía parte de nuestra genealogía? ¿Vivirán nuestros versos en las manos de nuestras abuelas, antes de siquiera venir al mundo? Son un par de preguntas imposibles de obviar al leer *En los brazos de la abuela*, un poemario donde la autora nos presenta, a manera de álbum familiar, las postales de las mujeres de su familia que le dan un sentido de arraigo y pertenencia. La autora dialoga y cuestiona los roles de ciertas épocas, y en un tributo a estas mujeres intenta compartir ese peso con ellas. Las nombra y entiende la forma en que pudieron experimentar ciertos sucesos.

En la primera parte siembra la semilla que habrá de florecer entre versos; habla sobre las abuelas de sus padres como origen de su origen, también sobre las expectativas de la época depositadas sobre ellas y de alguna forma da voz a su sentir. Habla también sobre las tías, sus sueños, anhelos y frustraciones.

En la segunda parte habla sobre *la madre*, tratando de desmitificar la maternidad, intentando explicar un actuar y sentir que bien pudo ser el de muchas madres.

Finalmente, en la tercera parte la autora dialoga con ella misma, asimilando la importancia de todas estas mujeres en su vida (y su quehacer poético) a través de sus versos.

Definitivamente, Rebeca Favila nos demuestra que la poesía es parte de nuestra genealogía, está en los bordados de las tías y los guisos de la abuela, en el esmero con que la madre cuida las plantas y en ella misma, en la forma de reconocerse parte de esa estirpe de mujeres. Este libro es una invitación para adentrarnos a ello, oler las plantas y el tiempo en una casa que guarda más que muebles, recuerdos y palabras.

Johana Rascón

Ciudad Juárez, Chihuahua. Julio 2021

A las mujeres
que cantan,
que cocinan,
que tejen,
que cuidan jardines,
que platican mucho,
que beben café,
que se cuidan las canas,
que gustan de los viajes,
los colores cálidos,
que construyen hogares
y mueven universos.

A las mujeres
que llevan el peso del mundo
y se hacen llamar abuelas.

A mi abuela,
la señora de las flores.

*Mi piel es un retazo
de otras mujeres.*

Nicté Toxqui

*Mi madre es la mejor definición
de suerte que ha existido.*

Gimena Romero

Primero estaba la nada:

un punto vacío en el universo.
Luego el estruendo,
la unión de los elementos precisos.

Entre la oscuridad comenzó la luz,
un latido en el cosmos que mi madre cargaba.
La formación de huesos
músculos
órganos
que darían paso a mi microscópica existencia.

Billones de años atrás solo se necesitó una chispa:
existo a causa de ella y del universo
que creó mi madre en su vientre.

I

*Yo nombro a las mujeres,
a las tías,
a las viudas,
a las primas,
a mi abuela.*

*Me nombro,
con su apellido,
con sus historias,
con lo que les duele.*

Zel Cabrera

De Julia

se sabe muy poco.

Que fue criada por sus tías
que se perdieron en la historia.

Que creció sin estudios
pero se hizo enfermera.

Que se casó a los catorce
con un hombre de cuarenta
porque no debía andar sola
por el mundo.

Se hizo dura,
sonreía poco,
era buena cocinera,
siempre se trenzaba el cabello
y se limpiaba la cara con la cáscara de las frutas.

Fue madre de hijos que no estuvieron en su vientre,
enviudó muy pronto y falleció
un veinticuatro de diciembre por la mañana,
dejando lista la cena
y la familia rota.

Saben que vivió soñando
con una buena vida para sus hijos
y con una buena vida para sus hijas.

Sonreía poco
pero la mesa siempre estuvo lista
para recibirlos a todos.

Nada se sabe de la madre de mi abuelo:

es un retrato vacío en el álbum familiar.

Muy pocos recuerdan su rostro
y nadie le recuerda la voz.

Sus hijos más grandes ya la acompañan en el camposanto
y sus hijos más chicos ya no recuerdan sus propios nombres.

Nada se sabe de Ramona
más que su sangre fue el ingrediente principal
para que yo
hoy
la nombre.

Hay un espacio en blanco

cuando se habla de la historia
de las abuelas de mi padre.

Él cuenta que las recuerda poco.
Sus nombres están escritos en el acta de nacimiento
pero sus rostros,
su voz,
su forma de caminar,
se los ha comido el tiempo.

El espacio que queda
entre la memoria
y la historia
es un abismo
que nadie ha querido explorar.

La abuela Luz se fue una tarde,

nadie sabe bien qué le hizo daño,
un dolor le invadió el cuerpo
y luego de unos días entre doctores
se fue.

La abuela Luz es un retrato en el pasillo,
las recetas de la tía,
la sonrisa de mi padre,
las leyendas que cuentan los vecinos.

La abuela Luz se fue una tarde.

Quédate con Dios

logró decirle a mi papá
antes de cerrar los ojos
y dejarnos sus historias.

La señora que vivió entre flores

I

Mayola crecía entre las manos de su padre
que le cubrían la cara y la hacían sentirse menos sola.

Cuando él se fue
ella apenas podía entender el mundo.

II

Detrás de la puerta veía la vida en curso:
un mundo que desconocía.

Ahí, tras las cortinas,
pensaba en cómo sería cruzar la calle,
platicar con las vecinas
y sentarse en el parque a contemplar.

Veía una vida distinta
de las cuatro paredes
a las que a veces imaginaba como barrotes.

Era la espectadora del pueblo.

III

Los vestidos eran la tortura
de quien veía en el espejo
una figura amorfa que nadie halagaba.

Entendió entre murmullos
y miradas de soslayo
que debía entrar en un molde
para no llamar de más la atención
y, a la vez, atraer la mirada
de quien podría sacarla a bailar
las noches de los viernes.

IV

Se casó en noviembre
con la esperanza de conocer el mundo.

Se casó de blanco
entre azahares y perlas.

Nadie le dijo nunca
que las perlas significaban lágrimas
y cuando derramó la primera
no entendió por qué la vida
era tan cruel.

V

Con hilos construyó
un hogar.

Juntando las puntadas exactas
que sostuvieran el techo
y le dieran cobijo
a los hijos que crecían
y ya no cabían en la cama grande
donde a veces dormían todos
porque no había más.

Construyó el hogar
que necesitaba,
añorando siempre
que ninguno de sus hijos
se cayera de la cama
al frío
y no volviera.

VI

El día que se fue
floreció el jardín
para despedirla.

La tía A renunció al amor

por convertirse en maestra,
se casó con un hombre de bien
que le dio casa y estudios,
no vivió pesares,
siempre vistió a la moda,
pero sintió siempre
que no conoció el amor,
lo soñaba cuando leía
en sus tiempos de ocio,
como algo lejano
e inalcanzable.

Fue la mejor maestra

dicen los pocos alumnos vivos que le quedan,
pero siempre se asomaba a las ventanas
como buscando algo allá a lo lejos.

La tía B siempre fue severa

dicen sus sobrinos
que sentían un golpe repentino
en la espalda
y sabían que debían enderezar su marcha.

La tía B no dejaba que nadie
se levantara de la mesa
si su esposo no terminaba la cena.
Los tenía ahí sentaditos
observando cómo los dientes del señor
subían y bajaban
una
y otra vez
procesando el alimento.

La tía B bordaba manteles
con la precisión única de una diosa
y no dejaba que nadie los usara
para secarse las manos
ni limpiarse la boca.

La tía B nunca sonrió.
Dicen que era infeliz,
dicen que vivía amargada
pero la realidad era que tenía
los dientes chuecos.

La puntada perfecta no existe

sin embargo

la tía C dice

que no debe haber nudos

que el aro no se gira

que la tela debe quedar

igual de blanca que sus dientes.

El bordado se vuelve

una tarea insufrible

porque la perfección no existe

pero debe aparentar

porque una mala puntada

te puede quitar la oportunidad

de un buen esposo.

Pasa el tiempo

y la tía D recuerda
al joven que le quiso tomar la mano
para llevarla feliz al altar.

Recuerda
sus ojos azules
su piel morena
la forma que tenía su sonrisa
como si siempre pensara en algún chiste.

Recuerda sus brazos
y la calidez de su presencia,
las palabras con las que la hacía
querer conquistar al mundo.

Recuerda
la reprimenda de su hermano mayor,
el regaño de su madre,
la mala fama de los extranjeros en el pueblo.

Recuerda
la última visita,
la despedida entre sollozos
y la promesa de él de volver por ella
cuando tuviera fortuna con la que se hiciera
buen merecedor de su amor.

Recuerda
porque es lo único que le quedó
de aquel romance
que no le permitieron vivir.

La tía E estaba asustada,

algo le crecía en el vientre,
se movía,
se estiraba,
le causaba malestar
y no sabía qué era.

No entendía por qué su esposo sonreía,
por qué su madre tejía chambritas,
por qué la gente la trataba como si fuera a romperse.

La tía E dejó de sangrar un día,
ella se lo atribuyó a una bendición
porque la sangre era impura.

La tía E sabía que algo le crecía en el vientre,
no sabía por dónde iría a salir cuando ya no cupiera.

A la tía E nunca le explicaron cómo funcionaba su cuerpo,
por eso el día que dio a luz no quiso tomar en brazos
a la criatura que le había causado tanto dolor.

La abuela se fue una noche

suspiró fuerte
y dejó este mundo sabiendo
que había hecho un buen trabajo
porque su hija
nunca le soltó la mano.

Muchos dijeron que la tía F

era la peor madre del mundo,
porque nunca quiso amamantar a sus hijos,
ni tomarlos en brazos cuando lloraban,
en cambio, se los pasaba a su madre
quien los llenaba de besos
y les apaciguaba la tristeza.

La tía F siempre quiso ser soldado,
servir a su patria e irse muy lejos,
pero su familia le consiguió marido
y la obligó a sentar cabeza.

La tía F a veces mira a los soldados en la tele
y suspira y en cada suspiro se le van las ganas
de ser buena esposa y madre.

La tía F no se va de casa
porque espera inculcarles a sus hijos
los sueños que a ella le arrancaron.

Cuando la madre muere

pareciera que el mundo se acaba,
pero despiertas después del sepelio
y te das cuenta que el mundo
sigue girando,
que las personas caminan
y tienes que levantarte
para hacer de comer.

Cuando la madre muere
se va un pedazo de alma,
la comida no vuelve a saber igual,
la respiración se hace más lenta
porque el mundo sigue

sí

pero
¿qué hace uno con el hueco
que le queda en el pecho?

La tía G no conocía el mundo,

arrancada de un hogar
llegó a la casa después de la boda
y no supo cómo prender la estufa
ni guisar los frijoles.

Solo sabía que debía sonreír,
planchar bien la ropa
y tener la cena servida
para cuando llegara su esposo.

La sonrisa no le bastó nunca.

II

*¿Quién por esta mujer irá a llorar?
¿No es ella la menor de las pérdidas dadas?*

Anna Ajmatova

Mamá ha dicho

que ese vestido
arriba de la rodilla
está mal.

Mamá ha dicho
que levantar la voz
para hacerse entender
está mal.

Mamá ha dicho
que sola debes lidiar
con la pena del esposo ausente.

Mamá ha dicho
que reír fuerte está mal,
que hablar de más está mal,
que llorar está mal.

Mamá ha dicho.
Y mamá
no se equivoca.

Mamá llora

y no quiere que nadie la vea,
las lágrimas que caen en la estufa
se disuelven entre los frijoles y el arroz.

Mamá sirve la cena
y sus hijos se alimentan
de pesares.

Mamá, ahí de donde vengo ya no crecen las flores porque el frío se les cuela por todos lados, aunque las tape con la cobija de la cama. Mamá, el frío arrecia y los niños no pueden dormir, la leña no alcanza para calentar el cuartito en donde me metió mi marido. Mamá, ya no tengo velas para aluzarme en las noches, andamos a tientas por la casa y los niños nomás se pegan en las piernas cuando se topan con la cama. Mamá, ya no me quedan frijoles para darles de comer a los niños, mi marido no viene desde hace días y yo no sé cómo saciarles el hambre. Mamá, no me quedan excusas para justificarle a los niños la ausencia de su padre. Mamá, me he quedado sola y no sé a quién más recurrir. Mamá, no me digas que esta es mi cruz y sola debo cargar con ella. Mamá, no gires la vista, que al final los vecinos no se van a dar cuenta si me pasas un poco de arroz. Mamá, no me abandones. Mamá, ya no sé cómo calmarles el llanto a los niños. Mamá, estoy sola. Mamá, ayúdame. Mamá, no te vayas.

Mamá ya se dio cuenta

que su hija sangra
que corre a bañarse cada hora
y se la pasa echa bolita en el sillón.

Mamá sabe que su hija ya es mujer
y que puede cargar en su vientre
la descendencia que podría salvar al mundo.

Mamá observa de lejos
porque nunca le dijeron de dónde venía la sangre
solo supo que debía cuidarse de los hombres
y no decirle a nadie
de la sangre entre sus piernas.

Mamá reza en silencio
porque su hija no recorra el mismo camino
que ella hace unos años.

Reza
pero calla
porque nadie debe hablar de la sangre.

Mamá sabe

que ese moretón
no lo causó una ventana
mal cerrada,
ve en los ojos de su hija
el temor que ella vio
ayer en el espejo.

Mamá sabe que si habla
mañana su hija podría
no llegar a la hora del café.

Mamá sabe,
pero calla.

Mamá siente

que su trabajo no es suficiente,
que sus hijos corren en caminos inciertos
y ya no podrá detenerlos.

Mamá se recrimina,
llora,
avienta cosas,
porque nadie le enseñó
cómo ser mamá.

Mamá no entiende,
solo le queda estar ahí
para intentar recoger los pedazos
que quedan de sus hijos.

Mamá, he decidido irme lejos. Mamá, este cuarto me queda chico y ya no hay más espacio en la casa. Mamá, me llevo los recuerdos y las enseñanzas, ya no tienes nada más que darme. Mamá, no llores, es tiempo. Mamá, no intentes llenar mi maleta con recuerdos, en el camino terminarán pesando demasiado. Mamá, no voy a voltear atrás, para que te metas a la casa y no te despidas. Mamá, no llores. Mamá, no estarás sola. Mamá, no te pasará nada. Mamá, ya he crecido, tengo que irme. Mamá, te voy a extrañar. Mamá, gracias. Mamá, te quiero.

Mamá grita

cuando ve el cuerpo
tendido en el pavimento.

Mamá intenta
quitarle la sangre de la ropa,
acomodarle la falda,
recogerle el cabello.

Mamá grita
y no hay peor grito que ese,
porque mamá sufre
y sufrirá toda la vida
y lo sabe
y llora más fuerte
intentando buscar en las lágrimas
un pedazo de consuelo.

Mamá, tengo miedo de ir a dormir. Mamá, las noches son eternas en mi cuarto, quédate conmigo un rato más. Mamá, siempre hace frío cuando la luz se apaga. Mamá, ¿por qué las estrellas siempre pierden su brillo cuando él entra al cuarto? Mamá, hay un hombre malo, que llega en las noches a jugar con mi cuerpo. Mamá, él me pide no decirte nada, pero cada día duele más. Mamá, siempre anhelo el sol en las mañanas, ahí es cuando él se va. Mamá, tengo miedo de ir a dormir. Mamá, me siento sola aquí en la casa. Mamá, ¿dónde quedaron mis ganas de salir a jugar? Mamá, ya no sé qué hacer. Mamá, siempre digo no, pero él no se detiene. Mamá, no le veo el rostro en las noches, pero sé quién es. Mamá, ya no puedo guardarme esta pesadilla. Mamá, créeme. Mamá, no es mi culpa. Mamá, no me grites. Mamá, no me pegues. Mamá, ayúdame. Mamá, no te vayas.

Mamá observa

desde la ventana
cómo pasa la vida
y ella
se queda.

Mamá siente
en sus pies la raíz
que la ata a ese hogar

¿qué es hogar?

Mamá solo sueña
con alas
pero los pies le pesan
y no puede emprender
el vuelo.

Mamá llora

junto a la puerta
porque sabe que su esposo
no volverá más.

Mamá no sabe
cómo decirle a sus hijos
que papá se ha ido
y no va a volver.

Mamá suspira
fuerte
y retoma el andar hacia la cocina,
termina de cocer las papas
y llama a sus hijos para comer.

Mamá sonrío
y les cuenta
que papá se ha ido a trabajar muy lejos
y que volverá después
con muchos regalos.

Los niños ríen y mamá sabe
que en unos cuantos años van a entender,
mientras tanto los deja fantasear
con las sorpresas que traerá papá.

Mamá se fue,

su respiración se detuvo
cerca de la medianoche.

Mamá cerró los ojos,
mamá suspiró fuerte,
mamá alcanzó a dejar las cosas en orden:
los platos lavados,
la ropa guardada,
los nietos bien educados,
pero mamá nunca les dijo a sus hijos
cómo andar en el mundo
sin llevarla en el pensamiento.

Mamá no entiende

por qué sus hijas quieren volar tan lejos,
por qué por más que intenta
el abismo que las separa
se hace interminable.

Mamá no entiende esas modas
de andar para todos lados
hablando alto,
enseñando mucho.

Mamá siente que las ha perdido,
ellas sienten que no la reconocen.

Mamá reza cada noche por su bienestar,
porque aunque las sienta lejos
mamá
es mamá.

Mamá borda

un camino para la mesa de su nuera,
sabe que lo pondrá en la cena de Navidad
y que a todos les va a gustar.

Mamá sonrío
porque sabe que su bordado
va a causar alegrías
aunque ella ya no pueda verlas,
porque las manos se le entumen,
la vista se le nubla
y siente que su corazón
está cansado.

Mamá sigue bordando,
al menos les va a dejar
unos cuantos pañuelos
para que se limpien las lágrimas
cuando ella se vaya.

Mamá quiere conocer el mundo,

pero las vecinas le dicen
que no puede soltarle la mano
a la niña que apenas balbucea.

Mamá añora esos días libres
donde se sentaba a leer un libro
y no se preocupaba por nada.

Mamá ama a su niña
y la amará siempre,
pero mamá anhela
esa otra vida
que ya no le dejaron vivir.

Mamá no llora

cuando ve el ataúd de su esposo
descender a la tierra.

Mamá sabe
que en casa la espera
un niño que aún no conoce la tristeza
y que aguarda su regreso para cenar.

Mamá sabe que si se rompe
nunca volverá a levantarse,
por eso mamá regresa a casa,
toma a su hijo,
hace sus maletas
y no vuelve a mirar atrás.

Mamá esconde tras la sonrisa

los malos tratos de su esposo
y los ruegos de los niños
que le dicen que papá debe irse.

Mamá busca en sus hermanos
una mano que la ayude
a irse lejos y no volver.

Mamá encuentra miradas que juzgan
y le dicen que el divorcio es pecado
y le dicen que se aguante
y le dicen que una mujer
sin marido
no vale nada.

Mamá agacha la cabeza
y camina de regreso a casa,
encuentra a sus hijos en una esquina
porque papá está enojado.

Mamá abraza a sus hijos
y aun así
mamá se siente sola.

Mamá sonríe

y el mundo

parece ser

un lugar mejor.

III

*La poesía es tener la convicción
de que transformando el lenguaje
es posible transformar la realidad.*

*La poesía es decir una cosa por otra
y que sea verdad.*

La palabra jamás me hace morir.

*La palabra ojalá me colma de angustia,
de ansiedad, y es mi agonía.*

Mirta Rosenberg

Ahí de donde vengo siempre hay flores,

los perros ladran y la sombra
solo cubre un cacho de terreno.

Ahí crecieron mis pies
y se me llenó el cuerpo de lunares.

Ahí regué los árboles con los recuerdos
que se me escurrían de los ojos,
porque el agua de la manguera
ya no da abasto para todos los huecos
que dejaron los abuelos.

Ahí me corté el cabello
unas cuantas veces,
porque se guardaron olores
que mi nariz no toleró más.

Ahí siempre tomo té
cuando mi alma se enfría.

Ahí
sola
me miro al espejo
hago caras
lloro
grito
y me levanto siempre
sonriendo
pues afuera nadie entiende por qué llora uno
cuando se le quema una tortilla.

Cuando crecía

y mis huesos se estiraban
mi abuela me recordaba que el dolor
era natural. Tu cuerpo va asimilando
el cambio y el proceso

lento

te recuerda que abres los ojos en la mañana
para preguntarte qué comerás hoy.
Entonces, sabes que vives.

En la calle se escuchan

los ruidos lejanos de los niños.
Juegan, corren por mundos
que no alcanzo a divisar
desde la ventana de la sala.

La abuela dice
que afuera hacen daño.

Los ruidos se transforman en lamentos,
no sé si de los niños
o de mi yo que anhela.

Las heridas se heredan,

pasan de generación en generación
y se hacen más grandes
con el correr del tiempo.

Lo que no se dice,
lo que no se hace,
lo que se permite de más,
las lágrimas acumuladas,
los silencios.

Cargo con los pesares de mi abuela,
con los miedos de su madre
y las quejas de las mujeres antes de ellas.

Los cargo porque después de todo
el mundo no ha cambiado tanto.

Dejé de matar abejas

cuando descubrí que sin ellas
en dos años nos extinguimos.
Las veo volar junto a mi refresco
y les deseo en silencio
su buen retorno a casa.

Quise, alguna vez,
tener la oportunidad
de salvar una abeja:
encontrarla en la banqueta
cansada y darle de beber agua con azúcar
para hacerla terminar su larga jornada,
así sentiría que por un momento
puedo salvar al mundo.

Cuando busco la calma

leo las voces de las mujeres
que habitaron este mundo antes que yo.

Me mimetizo en su vida
en sus pensamientos
en lo que las hacía felices
en lo que las acongojaba.

Las escucho hablar,
cuentan cómo navegaron
en los ríos de palabras necias
de hombres que las miraban hacia abajo.

Cuentan que la vida
no ha cambiado mucho
por eso sus susurros
no son tan lejanos.

Antes de mi llegada al mundo

mi abuela ya me divisaba:

vestida de blanco

en el altar

con un hombre sin rostro

diciendo *sí*.

Ella ya añoraba ese vestido blanco

y yo apenas decía *mamá*.

Cuando hago comida

pongo mi mano izquierda en la cintura.

Viajo en el tiempo y soy una niña.

Veo a mi abuela parada frente a la estufa
moviendo los frijoles para que no se quemem.

La veo con la mano izquierda en la cintura.

Vuelvo al presente y me doy cuenta

de lo fuerte que es su sangre

corriendo por mis venas.

Decían las mujeres de antes

que cuando llueve no se borda,
que el hilo y la aguja no se llevan
con el agua y los truenos,
que la fricción puede ocasionar que te caiga un rayo
y no puedas terminar la puntada del mantel
que le quieres regalar a la vecina.

Decían,
así como ahora dice mi madre
que no veamos películas en la computadora cuando llueve,
porque la fricción de nuestros cuerpos
puede ocasionar que nos caiga un rayo
y no lleguemos al final,
ni terminemos la película.

Así antes
como ahora
el miedo al rayo se resume
en el miedo a dejar
las cosas a medias.

No me llevaré a la tumba los libros

que con tanto empeño cuido en mi cuarto,
tampoco los vestidos que uso a diario
para sentirme menos fea.
No necesito en el cielo
tanto peso vacío.

Me llevaré en cambio mis ojos cansados,
mis labios secos,
mis manos marchitas.

Me llevo las palabras de mi abuela,
las canciones de mi abuelo,
las risas, los besos, los abrazos
de los que rodean mi hogar.

No me hace falta el cabello,
pesa por tantos pensamientos enredados.
Dejo mis pies en la tierra
porque floto sin tantos pesares.

Me voy siendo otra en el espejo,
la vida, dicen, sí hace estragos en uno.

Tenía once años

y la sangre comenzó a correr
entre mis piernas.

Lloré por la infancia
que se me iba,
me estrujé el vientre
deseando nunca albergar vida
ahí dentro.

Me maldije por tener este cuerpo,
me odié todo el rato que sentí
el peso de ser mujer.

Cuando la abuela habla

el salón calla,
saben que sus palabras
conjuro incierto
deben ser la guía al camino correcto.

Ella habla
y hasta los mosquitos
detienen su vuelo.

Todos quieren saber
qué secretos guarda la abuela.

Leí un día que nosotras

venimos al mundo
con los óvulos contados,
que ya en el vientre de mamá
se forman las partes que
tal vez, darán vida a otro ser.

Pienso

que viví en el vientre de mi abuela
que algo más que la sangre
nos une en esta historia.

Pienso

en lo maravilloso que es el cuerpo humano
que me permitió compartir aventuras con mi abuela
aún antes de llegar a sus brazos.

Creía que cuando el gallo cantaba a deshora

era solo para hacerme volver al mundo,
mi abuela dijo que cantaba
porque el tiempo iba a cambiar.

Escuché una tarde el canto del gallo
y esperé la llegada del cambio,
mi abuela sonrió
dijo que los cambios no eran instantáneos
que se formaban lentamente,
que observara el curso del viento,
el movimiento de las flores,
el vuelo de los pájaros,
el cambio se percibía en las pequeñas cosas.

La mañana siguiente mi mamá corrió al doctor
porque en su pecho se formaba
una bolita que no había estado ahí.

A mi abuela no le gustaba llorar

y el día que vio a su hijo mayor en el ataúd
dejó correr todas las lágrimas
que venía guardando desde su infancia.

Se vació
y no lloró otra vez.

Dejó todas sus lágrimas en la tumba de su hijo
para que quedara bien regada la tierra
y de ahí nacieran flores,
pero las flores nunca salieron
y mi abuela tuvo que llevarle un racimo
cada vez que lo visitaba
pensando que sus lágrimas
no habían surtido efecto en la tierra.

Años después ella se fue
y la enterramos junto a mi tío
y la tierra estaba blandita
como esperándola.

Ay, Tita,

ya los pajaritos no vienen a la puerta
a pedir las migajas de pan que les dabas a diario
para oírlos cantar cada mañana;
los árboles no volvieron a florecer igual,
como que les faltan las palabras mañaneras
que les decías todos los días
para que se alborotaran
y te llenaran el jardín de colores;
los frijoles se empeñan en no saber igual
y repito los mismos pasos que diario hacías tú;
la cocina ya no tiene el olor a hierbas con perfume,
y se nos están acabando las conservas
que dejaste bien guardadas al fondo del estante.

Ay, mi Tita,

¿qué hago ahora que no te tengo?,
y me faltan años para entender
¿por qué a la luna le sale una rueda alrededor?,
¿quién me dice cómo calcular la hora viendo las sombras?,
¿a quién recurro cuando se me sale la sopa?

Te me fuiste bien rápido,
apenas siento tu mano en mi espalda,
apenas distingo tu voz en el viento,
tus pasos ya no se sienten,
te me diluyes entre la memoria
y las tareas diarias.

Mejor querer que el tuyo no hay
ni habrá nunca,
así como con cuidado
como con muchas ganas de querer guardarme,
alejarme del mundo
para que no me pasara nada,
así como si hubiera estado en tu vientre
y no concibieras un mundo
donde yo no estuviera.

Te preparaste para la partida,
pero entre tus enseñanzas
no estuvo nunca cómo vivir sin ti.

Nos queda el asado,
los geranios en el jardín,
nos quedan las miradas,
esas que nos decían todo
cuando cerrabas los labios
porque así te enseñaron.

¿Ahí donde andas hay flores?
Dile a los ángeles que te regalen un jardín,
al fin que lo cuidas muy bien,
nunca se te seca una planta.

Diles que te besen la frente,
que te soben las manos,
que se sienten horas a escucharte cantar,
diles que acá en la tierra nos criaste bien,
diles que vengan y nos susurren cuando sonrías,
acá yo iré bordando el camino
para cuando me vaya esté suavcito
y pueda llegar sin cansancio a tus brazos.

Ay, Mayola,
dime, ¿qué hago hoy de comer?

Cuando mamá regresó a casa

le faltaba un pecho,
sin embargo sonreía,
porque siempre supo
que era más que un cuerpo bonito.

Por eso cuando se le cayó el cabello
bailó por los jardines
y dejó que se plantara en la tierra.

Ya crecerá y será mejor que las flores

dijo,
y siguió bailando.

Siempre he temido a la muerte,

lloraba de niña cuando recordaba
que algún día habría de cerrar los ojos
para no volverlos a abrir nunca.

Lloraba en los brazos de mi abuela
y ella con voz calmada me explicaba el ciclo de la vida,
me decía que somos como las plantas,
que crecemos,
floreceemos
y llega el día en que tenemos que secarnos
para darle el espacio en la tierra a nuevas flores.

Yo suspiraba un poco más tranquila,
porque hasta ese momento no había caído en cuenta
que ella comenzaba a secarse.

A mi madre no le digan

que miento para mantenerla a salvo,
que le digo que estoy bien
aunque me derrumbe,
que le digo que no pasa nada
cuando me muero de hambre,
que le digo que iré pronto
pero tardo siempre más de lo acordado
para que se borren los rastros de lágrimas
que hay en mis mejillas.

A mi madre no le digan
que adoro su sonrisa y sería un pecado
hacerla llorar.

Y si te escucho reír, abuela,

se me alivian todas las penas

que vengo cargando

desde que alguien me dijo

que las abuelas

no eran eternas.

La abuela borda

y no he visto
mejor poema
que ese.

Mi abuela cantaba bajito

cuando andaba entre las flores,
las penas que cargaba
no la acompañaban
cuando estaba en el jardín.
Ahí, ella era libre.

En los brazos de la abuela solo existe calma,
la convicción de que puedes
comerte al mundo.



www.pech.icm.gob.mx

2020

Este libro se terminó de imprimir en el año 2021
Consta de un tiraje de 500 ejemplares

Impreso y hecho en México en
Litográfica IMAP, S. A. de C. V.

Av. Octavio Paz No. 185
Complejo Industrial Chihuahua
Chihuahua, Chih.
Tel. (614) 481-01-55

www.imapcolor.com



PRIMERA EDICIÓN
AÑO 2020-2021

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

En los brazos de la abuela

REBECA ANAHÍ
FAVILA MONTANA

Rebeca Favila nos demuestra que la poesía es parte de nuestra genealogía, está en los bordados de las tías y los guisos de la abuela, en el esmero con que la madre cuida las plantas y en ella misma, en la forma de reconocerse parte de esa estirpe de mujeres. Este libro es una invitación para adentrarnos a ello, oler las plantas y el tiempo en una casa que guarda más que muebles, recuerdos y palabras.

Johana Rascón

